

ANA LUCAS 2006-09-22**LA MIRADA DE ANA LUCAS, IN MEMORIAM**

El 12 de septiembre murió en Madrid Ana Lucas, profesora de Estética en la UNED y una buena y querida amiga. Un mes y medio antes, desde Aguilas, en Murcia, me había escrito una carta con el envío de dos de sus textos que habíamos hablado para el Archivo de la Frontera, que ahora, en estas circunstancias, en este otro tiempo –“un tiempo y otro tiempo y tras un muro el mar”–, pues “no son los tiempos unos”, como bien decía Cervantes en vísperas de su muerte, me parecen estremecedores y bellísimos, un delicado y sobrio testamento estético o literario.

Aguilas, 25 – julio – 2006.

Mi querido Emilio:

Aquí te envío los dos textos que te prometí...”

Muchas gracias, Ana, y más por venir manuscritos –realizados amanuensemente, como tú me dices, pues sabes que el secreto lo tienen guardado los amanuenses del paraíso de las islas, que lo narran todo con primor. *Con mucho pudor y cierta ilusión te envío el texto “mirada pareja” (sic) donde en 5 folios por una cara narro la historia de Juan de Pareja, el discípulo de Velázquez, y la imprecisa relación parental...* Me pareció, cuando lo leí, un ensayo poemático perfecto, a la vez que un relato íntimo de rara intensidad, casi zen. *En otro folio, te adjunto el breve “maternal feminismo”.* Me pareció ya no un ensayo poemático logrado sino un poema sin más. Y, además, me afectaba a niveles muy íntimos.

Conocí a Ana –te conocí, y es mi recuerdo a ti dirigido–en reuniones artístico-literarias de alguna manera alternativas, en Madrid, por La Manuela o el Juglar, siempre diferentes y siempre divertidas y dramáticas al mismo tiempo, muy estimulantes. Y sobre todo, en relación con quien tal vez fuera tu más íntimo e intenso amigo de los últimos tiempos, el pintor astur-moldavo Marián Llanos, en un tiempo de pleno estallido creativo de fuerza arrolladora. Me empujaste a saber más de William Blake invitándome a aquella tesis de un discípulo tuyo gallego y un día me dijiste que encontrabas similitudes en mis versos con cosas de Walter Benjamin, que yo sabía que había sido uno de los grandes amores de tu vida. Y me sentí halagado por ello. Y yo te invité a entrar en el Archivo de la frontera, y hasta a inaugurar una sección con historias del paraíso de las islas, o de arte o de lo que quieras.

Hoy inauguramos, en tu honor, la sección “mirada pareja”, así, todo con minúscula como dispuso el amanuense, “Historias del paraíso de las islas”.

Reproduzco exactamente su texto en papel cuadriculado de cuaderno de anillas con cinta marginal impresa en verde. Es perfecta la gradación del texto a lo largo de la paginación. Medida cual ritmo respiratorio.

Emilio Sola



- 1 -

“Mirada pareja”.

Desde hace tiempo, de vez en cuando, dos palabras bailan en mi cabeza como juncos al viento o mariposas en torno ala luz: “Ledanca”, “Pareja”.

“Ledanca, Pareja” fueron pronunciadas por mi padre Angel Lucas Villar a mi pregunta adolescente:

–Papá, ¿de dónde era la madre del abuelo?

Mi padre tardó en responder. Yo sabía la historia del bisabuelo de San Sebastián, Director de prisiones, que por dejar escapar a un preso fue destinado como castigo al penal de Santoña. Mi abuelo Angel Lucas Pareja, como consecuencia de aquel nombramiento, nació pues en la ciudad de las “Batallas de Flores”: Laredo.

Si conocía la procedencia de mi abuelo paterno por parte de padre, desconocía su origen exacto por vía materna. Sólo, en una ocasión, mi madre me había relatado una breve estancia de mi padre de chico en Guadalajara, en casa de sus abuelos paternos, de la cual él nunca hablaba.

Por fin, un día a mi pregunta él me respondió:

–Mi abuela de Ledanca, mi bisabuela de Pareja.

El asunto quedó así y ahí.

2 (“mirada pareja” continuación).



Pasado el tiempo, una tarde, en la biblioteca de la Facultad, no recuerdo el motivo, consultando un libro sobre la obra de Velázquez descubrí al azar una mirada que me resultó familiar. Unos ojos abiertos, despiertos, que simulaban estar pasmados, atónitos, con una pizca de altanería, mostrando indiferencia reclamaron mi atención.

Aquella mirada destilaba triste inteligencia aprendida e interrogaba a quien la contemplaba Sin embargo, aislándola del retrato, que veía por primera vez, me era conocida. Curiosa leí el texto a pie de imagen. Era un retrato realizado por Velázquez a su primero aprendiz y luego mejor discípulo Juan de Pareja.

La emoción causada por el reencuentro del apellido me hizo fijar más la atención en el cuadro. Un hombre joven, de tez morena y gruesos labios me contemplaba inquisitivo. Busqué en el texto y leí interesada la historia del retratado. Según recuerdo, Palomino relataba una biografía fantástica, que otros cronistas ponían en duda. Juan de Pareja era un árabe esclavo en la Corte de Felipe IV al servicio de Velázquez. Atendió como servidor al maestro sevillano ayudándole, entre otros menesteres, a mezclar colores y pigmentos. Por aquel en



3 (“M.P.” continuación)

tonces, a los aprendices esclavos les estaba prohibido pintar. Sin embargo, el astuto aprendiz indiferente a las prohibiciones no se resignó y a escondidas pintaba a tregua. Su terca pañón era más fuerte que el castigo seguro. Por el testimonio de Palomino supe que Juan de Pareja se valió de una argucia para poder adquirir el derecho a pintar. Conociendo la visita del rey al taller del maestro, puso apoyados en la pared al ras del suelo algunos de sus retratos. El destino quiso que, en efecto, el monarca tropezara al pasar con uno de sus lienzos. Juan de Pareja se apresuró a revelar a Felipe IV su autoría. Ante tamaña destreza parece ser que el monarca exclamó: “Tal artista no puede ser esclavo”. Así fue como Pareja fue liberado de su esclavitud, pese a lo cual siguió siendo criado agradecido y discípulo bajo la tutela de Velázquez. La maestría de Juan de Pareja en el retrato fue tal que durante años algunas de sus obras fueron atribuidas a la paleta de Velázquez.

En un reciente viaje, por casualidad, me topé de nuevo con una reproducción de esta obra en el escaparate de una tienda. Ignoro si los viajes

4 (“M.P.” continuación)

refrescan la memoria y agudizan el ingenio o tan sólo estimulan fantasías. Pero de pronto aquella mirada me devolvió la impresión certera de serme amiga. La reconocí. Un calor familiar encendió mi corazón dolorido por la pérdida de los seres queridos. En aquellos ojos reconocí la mirada inquisitiva de mi padre y escuché con claridad a una voz lejana pronunciar: “Lecanda... Pareja”. Al contemplar de nuevo a Juan de Pareja los ojos de mi abuelo surgidos en la memoria de una foto vieja se interpusieron a los de aquella estampa. Tras la mirada de Ángel Lucas Pareja asomó fugazmente la mirada triste, pero inquisitiva e inteligente de otra foto de infancia de mi padre. Sorprendida y asustada como en un espejo me encontré vuelta el reflejo de mi propia mirada infantil. Sí, en aquella superposición de pupilas encontré las mías por un instante.

En la soledad de la habitación del hotel mientras recordaba la historia leída hace años de Juan de Pareja la familiaridad de aquella mirada se desnudó sin pudor ante mí. Quizá fantaseé y Pareja el pintor nada tenga que ver ni con el terruño de mis mayores, ni con su apellido, pero al evocar aquella anécdota del aprendiz

5 (“M.P.” continuación)

Pareja acudió a mi mente otra que mi padre me contó del suyo.

Mi abuelo Angel Lucas Pareja era anticuario. Hallándose de viaje de negocios a las afueras de un pueblo encontró por casualidad en el suelo la chaqueta de un peón. La examinó y cogió un reloj guardo en uno de sus bolsillos. Con aquel objeto en su poder se dirigió al cuartel de la Guardia Civil y entregó el reloj alegando haberlo encontrado perdido en el campo. Tal derroche de honestidad le valió la confianza de los lugareños y le permitió poder negociar con libertad.

No sé, a ciencia cierta, si Juan de Pareja es mi pariente, pero la suma de elementos: apellido común, upila afín e ingenio me hacen sentirme próxima a ese retrato. Quizá mis mayores fueron sólo parientes del retratado en una mirada y actitud coincidentes, en un punto de mira y acción afines y el destino, el azar les regaló la fusión de un apellido.

Ana Lucas.
Profesora de la UNED.
Junio – 2006.

Y no me resisto a versicularle el texto, al uso del Archivo de la frontera, para captar mejor aún su belleza formal, medidísima, en la que no sobra ni una palabra. Ya sin la diferenciación por páginas.

Mirada pareja.

*Desde hace tiempo, de vez en cuando,
dos palabras bailan en mi cabeza como juncos al viento
o mariposas en torno a la luz:
“Ledanca”, “Pareja”.*

*“Ledanca, Pareja”
fueron pronunciadas por mi padre Angel Lucas Villar
a mi pregunta adolescente:*

–Papá, ¿de dónde era la madre del abuelo?

Mi padre tardó en responder.

*Yo sabía la historia del bisabuelo de San Sebastián, Director de prisiones,
que por dejar escapar a un preso fue destinado como castigo
al penal de Santoña.*

*Mi abuelo Ángel Lucas Pareja, como consecuencia de aquel nombramiento,
nació pues en la ciudad de las “Batallas de Flores”: Laredo.*

*Si conocía la procedencia de mi abuelo paterno por parte de padre,
desconocía su origen exacto por vía materna.*

*Sólo, en una ocasión, mi madre me había relatado
una breve estancia de mi padre de chico en Guadalajara,
en casa de sus abuelos paternos, de la cual él nunca hablaba.*

Por fin, un día a mi pregunta él me respondió:

–Mi abuela de Ledanca, mi bisabuela de Pareja.

El asunto quedó así y ahí.

*

*Pasado el tiempo, una tarde,
en la biblioteca de la Facultad, no recuerdo el motivo,
consultando un libro sobre la obra de Velázquez
descubrí al azar una mirada que me resultó familiar.*

*Unos ojos abiertos, despiertos, que simulaban estar pasmados,
atónitos, con una pizca de altanería,
mostrando indiferencia reclamaron mi atención.*

*Aquella mirada destilaba triste inteligencia aprendida
e interrogaba a quien la contemplaba.*

*Sin embargo, aislándola del retrato,
que veía por primera vez,
me era conocida.*

*Curiosa leí el texto a pie de imagen.
Era un retrato realizado por Velázquez
a su primero aprendiz y luego mejor discípulo
Juan de Pareja.*

*La emoción causada por el reencuentro del apellido
me hizo fijar más la atención en el cuadro.*

*Un hombre joven, de tez morena y gruesos labios
me contemplaba inquisitivo.*

*Busqué en el texto y leí interesada la historia del retratado.
Según recuerdo, Palomino relataba una biografía fantástica,
que otros cronistas ponían en duda.*

*Juan de Pareja era un árabe esclavo
en la Corte de Felipe IV al servicio de Velázquez.*

*Atendió como servidor al maestro sevillano
ayudándole, entre otros menesteres, a mezclar colores y pigmentos.*

*Por aquel entonces,
a los aprendices esclavos les estaba prohibido pintar.
Sin embargo, el astuto aprendiz
indiferente a las prohibiciones
no se resignó y a escondidas pintaba a tregua.
Su terca pasión era más fuerte que el castigo seguro.*

*Por el testimonio de Palomino
supe que Juan de Pareja se valió de una argucia
para poder adquirir el derecho a pintar.
Conociendo la visita del rey al taller del maestro,
puso apoyados en la pared al ras del suelo algunos de sus retratos.
El destino quiso que, en efecto,
el monarca tropezara al pasar con uno de sus lienzos.
Juan de Pareja se apresuró a revelar a Felipe IV su autoría.*

Ante tamaña destreza parece ser que el monarca exclamó:

–Tal artista no puede ser esclavo.

*Así fue como Pareja fue liberado de su esclavitud,
pese a lo cual siguió siendo criado agradecido
y discípulo bajo la tutela de Velázquez.*

*La maestría de Juan de Pareja en el retrato fue tal
que durante años algunas de sus obras fueron atribuidas
a la paleta de Velázquez.*

*

*En un reciente viaje, por casualidad,
me topé de nuevo con una reproducción de esta obra
en el escaparate de una tienda.*

*Ignoro si los viajes refrescan la memoria y agudizan el ingenio
o tan sólo estimulan fantasías.
Pero de pronto aquella mirada me devolvió la impresión certera
de serme amiga.*

La reconocí.

Un calor familiar encendió mi corazón

dolorido por la pérdida de los seres queridos.

*En aquellos ojos reconocí la mirada inquisitiva de mi padre
y escuché con claridad a una voz lejana pronunciar:*

“Lecanda... Pareja”.

Al contemplar de nuevo a Juan de Pareja

*los ojos de mi abuelo surgidos en la memoria de una foto vieja
se interpusieron a los de aquella estampa.*

*Tras la mirada de Angel Lucas Pareja asomó fugazmente
la mirada triste, pero inquisitiva e inteligente
de otra foto de infancia de mi padre.*

Sorprendida y asustada

*como en un espejo me encontré devuelta el reflejo
de mi propia mirada infantil.*

*Sí: en aquella superposición de pupilas
encontré las mías por un instante.*

*

En la soledad de la habitación del hotel

*mientras recordaba la historia leída hace años de Juan de Pareja
la familiaridad de aquella mirada se desnudó sin pudor ante mí.*

*Quizá fantaseé y Pareja el pintor nada tenga que ver
ni con el terruño de mis mayores, ni con su apellido,
pero al evocar aquella anécdota del aprendiz*

Pareja acudió a mi mente otra que mi padre me cotó del suyo.

Mi abuelo Angel Lucas Pareja era anticuario.

*Hallándose de viaje de negocios a las afueras de un pueblo
encontró por casualidad en el suelo la chaqueta de un peón.*

*La examinó y cogió un reloj guardo en uno de sus bolsillos.
Con aquel objeto en su poder se dirigió al cuartel de la Guardia Civil
y entregó el reloj alegando haberlo encontrado perdido en el campo.
Tal derroche de honestidad le valió la confianza de los lugareños
y le permitió poder negociar con libertad.*

*No sé, a ciencia cierta, si Juan de Pareja es mi pariente,
pero la suma de elementos: apellido común, pupila afín e ingenio
me hacen sentirme próxima a ese retrato.*

*Quizá mis mayores fueron sólo parientes del retratado
en una mirada y actitud coincidentes,
en un punto de mira y acción afines
y el destino, el azar
les regaló la fusión de un apellido.*

Ana Lucas.
Profesora de la UNED.
Junio – 2006.

Con emoción honda pienso que Ana Lucas ha escrito aquí la más bella oración de la lengua castellana, al menos de las que yo conozco.



Con la misma emoción ensayo el abordaje, así, sobre la marcha, al segundo texto enviado para nosotros. Va en una hoja idéntica a las anteriores, esta vez tintada en rojo, y señala – 1 – a pesar de ser eso, una sola hoja por una carilla.

“Maternal feminismo”

Cómo se os nota a los hombres que onto-genéticamente nunca habéis llevado vida en las entrañas. Esto por sí sólo explica vuestro machismo, violencia y vuestras guerras, pero eso no os justifica, dado que también sois coproductores de vida.

Para mi gran dolor, sin embargo, hay mujeres que se os parecen, pero para mi supremo regocijo al menos hay ciertos, algunos hombres que son almas gemelas de las mujeres, con el don de amor de madre. Estos son los mejores y compensan el resto. La falta de amor engendra violencia.

Ana Lucas
Mayo – 2006.

No me resisto al versiculado:

Maternal feminismo:

*Cómo se os nota a los hombres que onto-genéticamente
nunca habéis llevado vida en las entrañas.
Esto por sí sólo explica vuestro machismo, violencia y vuestras guerras,
pero eso no os justifica, dado que también sois coproductores de vida.*

*Para mi gran dolor, sin embargo, hay mujeres que se os parecen,
pero para mi supremo regocijo al menos hay ciertos, algunos hombres
que son almas gemelas de las mujeres, con el don de amor de madre.*

*Estos son los mejores y compensan el resto.
La falta de amor engendra violencia.*

*Ana Lucas
Mayo – 2006.*

Mensaje recibido, Ana, te contesto en la red, esa inmortalidad posible aún, tan leve ella, el Sola. Alcalá, septiembre de 2006.

- 1 -

"Mirada pareja"

Desde hace tiempo, de vez en cuando, dos palabras bailan en mi cabeza como juncos al viento o mariposas en torno a la luz: "Ledanca", "Pareja".

"Ledanca, Pareja" fueron pronunciadas por mi padre Angel Lucas Villar a mi pregunta adolescente:

- ¿Papá de dónde era la madre del abuelo?

mi padre tardó en responder. Yo sabía la historia del bisabuelo de San Sebastián, Director de prisiones, que por dejar escapar a un preso fue destinado como castigo al penal de Santona. mi abuelo Angel Lucas Pareja, como consecuencia de aquel nombramiento, nació pues en la ciudad de las "Batallas de Flores": La redota.

Si conocía la procedencia de mi abuelo paterno por parte de padre, desconocía su origen exacto por la materna. Sólo, en una ocasión, mi madre me había relatado una breve estancia de mi padre de chico en Guadalajara, en casa de sus abuelos ~~paternos~~ paternos, de la cual él nunca hablaba.

Por fin, un día a mi pregunta él me respondió:

- mi abuela de Ledanca, mi bisabuela de Pareja.

El asunto quedó así y ahí.

-2-

("mirada paraja" ^{continua})

Pasado el tiempo, una tarde, en la biblioteca de la Facultad, no recuerdo el motivo, consultando un libro sobre la obra de Velázquez descubrí al atar una mirada que me resultó familiar. Unos ojos abiertos, despiertos, que simulaban estar pasmados, atónitos, con una pinta de altanería, mostrando indiferencia reclamaron mi atención. Aquella mirada destilaba triste inteligencia aprendida e interrogada a quien la contemplaba. Sin embargo, aislándola del retrato, que veía por vez primera, me era conocida. Curiosa leí el texto a pie de imagen. Era un retrato realizado por Velázquez a su primer aprendiz y luego mejor discípulo Juan de Pareja.

La emoción causada por el encuentro del apellido me hizo fijar más la atención en el cuadro. Un hombre joven, de tez morena y gruesos labios me contemplaba inquisitivo. Busqué en el texto y leí interesada la historia del retratado. Según recuerdo, Palomino relatada una biografía fantástica, que otros cronistas ponían en duda. Juan de Pareja era un árabe esclavo en la Corte de Felipe IV al servicio de Velázquez. Aprendió como servidor al maestro sevillano ayudándole, entre otros menesteres, a mezclar colores y pigmentos. Por aquel en-

- 3 -

("H. P." continuación)

tonces, a los aprendices esclavos les estaba prohibido pintar. Sin embargo, el astuto aprendiz indiferente a las prohibiciones no se resignó, y a escondidas pintaba sin tréqua. Su terca pasión era más fuerte que el castigo seguro. Por el testimonio de Palmirino dupe que Juan de Pareja se valió de una arqueta para poder adquirir el derecho a pintar. Conociendo la visita del rey al taller del maestro, pudo apoyados en la pared al ras del suelo algunos de sus retratos. El destino quiso que, en efecto, el monarca tropezase al pasar con uno de sus lientos. Juan de Pareja se apresuró a revelarle a Felipe IV su autría. Ante tamaña destreza parece ser que el monarca exclamó: "Tal artista no puede ser esclavo". Así fue como Pareja fue liberado de su esclavitud, pese a lo cual siguió siendo criado agradecido y discípulo bajo la tutela de Velázquez. La maestría de Juan de Pareja en el retrato fue tal que durante años algunas de sus obras fueron atribuidas a la paleta de Velázquez.

En un reciente viaje, por casualidad, me topé de nuevo con una reproducción de esta obra en el escaparate de una tienda. Ignoro si los viajes

- 4 -

("M. P." continuación)

refrescan la memoria y agudizan el ingenio o tan sólo estimulan fantasías. Pero de pronto aquella mirada me devolvió la impresión certera de verme amigo. La reconocí. Un calor familiar encendió mi corazón dolido por la pérdida de los seres queridos. En aquellas ojos reconocí la mirada inquisitiva de mi padre y escuché con claridad a una voz lejana pronunciar: "Lecanica, .. Pareja". Al contemplar de nuevo a Juan de Pareja los ojos de mi abuelo surgidos en la memoria de una foto vieja se interpusieron a los de aquella estampa. Tras la mirada de Angel Lucas Pareja asomó fugazmente la mirada triste, pero inquisitiva e inteligente de otra foto de infancia de mi padre. Sorprendida y asustada como en un espejo me encontré devuelta el reflejo de mi propia mirada infantil. Sí en aquella superposición de pupilas encontré las mías por un instante.

En la soledad de la habitación del hotel mientras recordaba la historia leída hace años de Juan de Pareja la familiaridad de aquella mirada se desnudó sin pudor ante mí. Quitó fantasías y Pareja el pintor nada tenga que ver ni con el terruño de mis mayores, ni con su apellido, pero al evocar aquella anécdota del aprendiz

- 5 -

("M. p." continuación)

Pareja acudió a mi mente otra que mi padre me contó del suyo.

Mi abuelo Angel Lucas Pareja era anticuario. Hallándose de viaje de negocios a las afueras de un pueblo encontró por casualidad en el suelo la chaqueta de un peón. La examinó y cogió un reloj guardado en uno de sus bolsillos. Con aquel objeto en su poder se dirigió al cuartel de la guardia civil y entregó el reloj alegando haberse encontrado perdido en el campo. Tal derroche de honestidad le valió la confianza de los lugareños y le permitió poder negociar en libertad.

No sé, a ciencia cierta, si Juan de Pareja es mi pariente, pero la suma de elementos: apellido común, pupila afín e ingenio me hacen sentirme próxima a este retrato. Quizá mis mayores fueron sólo parientes del retratado en una mirada y actitud coincidentes, en un punto de mira y acción afines y el destino, elatar les regaló la fusión de un apellido.

Ana Lucas

Programa de Estética de la

UNED

junio - 2006.

"Maternal feminismo"

Cómo se os nota a los hombres que ontogénicamente nunca habéis llevado vida en las entrañas. Esto por sí sólo explica vuestro machismo, violencia y vuestras guerras, pero eso no os justifica, dado que también sois coproductores de vida.

Para mi gran dolor, sin embargo, hay mujeres que se os parecen, pero para mi supremo regocijo al menos hay ciertos, algunos hombres que son almas gemelas de las mujeres, con el don de amor de madre. Estos son los mejores y compensan el resto. La falta de amor engendra violencia.

Ana Lucas.

Mayo-2006.